

Introducción

El título de este trabajo no representa una meta alcanzada sino el dinamismo existente en una vida que tuvo un inicio y está en camino.

San Benito, en el Prólogo de la Regla, nos define el monasterio como una escuela del servicio del Señor. Y "el Señor ama al que da con alegría". Creo que por eso Tomás Merton escribió en uno de sus libros que "el monasterio es una escuela donde se aprende, de Dios, a ser feliz".

Es cierto que vivimos en comunidad y que las relaciones fraternas de amistad y convivencia nos tornan muchas veces alegres y felices, pero nuestra felicidad, la que comienza aquí y se prolongará en la eternidad, está por encima de aquella que el amor de los hermanos nos puede proporcionar, pues, aunque buena, deseable, verdadera expresión de la voluntad del Padre celestial, que Jesús nos dejó expresada en un mandamiento nuevo, es limitada y transitoria. Por lo tanto, es preciso buscar en Dios, buscar en la Fuente, aquello que sólo El nos puede enseñar, la única Agua que puede saciar la sed de nuestro corazón. Y es en la oración, en el contacto íntimo con El, donde recibimos en lo más íntimo de nuestro corazón, su enseñanza que, poco a poco, se va transformando en convicción personal y termina por abrirse en vida, por la acción de la gracia que el Espíritu Santo nos comunica. Es entonces cuando experimentamos, no sólo que la paciencia de Dios nos conduce a penitencia, sino también que "con el progreso de la *fe* y de la vida monástica, se dilata el corazón y con inenarrable dulzura de dilección se recorre el camino de los mandamientos de Dios". En la medida en que El va entrando en los detalles de nuestra vida, tornándose nuestro *todo*, y en que nada antepone a su amor, vamos conociendo ya aquí en la tierra, *lo que es ser feliz*. El fruto de la oración es una conciencia más profunda y su consiguiente vivencia de la condición de hijos, a imitación de Jesús, bajo la acción del Espíritu Santo. No, sin embargo, de una oración intelectualizada, sino de una oración de corazón que transforma a partir del interior.

El propósito de este trabajo es, pues, rehacer el trayecto interior hacia Dios, en la oración. Una experiencia todavía superficial, pero también una certeza firme de que la oración es una intimidad que crece y se ahonda cada día, en la esperanza de alcanzar su plenitud en el faz a faz divino.

Fue a partir de esta convicción personal que me hice un sincero interrogatorio sobre mi relación con Dios a lo largo de diez años de vida monástica: 1) ¿Qué aprendí del Padre Celestial durante estos años vividos en el Monasterio?, 2) ¿Qué me enseñó su Hijo Jesús?, 3) ¿Cómo escuché y acogí al Espíritu Santo que habla y obra en las profundidades de mi ser? Es a estas preguntas que trataré de responder en los tres ítems: Oración y presencia de Dios, Oración y libertad interior y Libertad interior, alabanza y paz.

I. Oración y presencia de Dios

Somos hijos de Dios; Jesús nos mereció este don. Pero no es fácil hablar de lo que pasa en nuestra intimidad con el Padre Celestial, de nuestra vivencia filial y nuestra relación con El. La tentativa de expresar el camino personal de búsqueda y encuentro —encuentro y búsqueda de Aquel que envuelve en su misericordia todo mi ser y cuya faz sólo veré al final de la jornada— es siempre pobre, porque la gracia sobrepasa los límites de las palabras. Aquí, el silencio con sus dimensiones de infinito es mucho más rico no sólo para expresar la grandeza del don, sino también mi actitud frente a este mismo don. Aún así, probaré.

En nuestra vida monástico-benedictina, todo nos llama a vivir en presencia de Dios. Aprendemos desde que entramos en el monasterio y desde nuestros primeros contactos con la Santa Regla, que aquellos a quienes el Padre llamó para tornarse, en religión, hijos e hijas de san Benito, son cristianos que deben vivir y obrar en presencia de Dios, como hijos de la luz. Nuestras actividades, el estudio, el trabajo, el servicio de los hermanos, la recepción de huéspedes, etc., deben comenzar y terminar por la oración. El hecho mismo de interrumpir nuestras actividades para alabar a Dios, es un llamado a la presencia divina. Empero, hasta que esta verdad se torne realidad en nuestra vida, imperando sobre nuestros pensamientos, sentimientos y actos, es preciso recorrer un largo camino, y éste es el de la búsqueda de Dios en la oración. Esta búsqueda que comenzó con el primer encuentro, continuará cada día hasta el encuentro definitivo. El camino que comienza con el descubrimiento de Dios sólo terminará cuando lo encontremos cara a cara. San Benito sabe esto y quiere que el monje y la monja se creen un clima interior de silencio que les permita oír la voz de Dios. El silencio es, de hecho, la actitud que más conviene cuando estamos delante del Dios de toda santidad. Tomar en serio o no sus exhortaciones es vivir o no la vida de hijos, en un esfuerzo continuo por ser cada día más coherentes con la vocación recibida, asumiendo las exigencias de la profesión monástica; esto depende de nosotros personalmente, y de ello somos profundamente responsables delante de Dios. Cuando lo comprendí hice de esto un punto de partida.

En el Evangelio como en la Regla, nuestro único modelo es Jesús. Vivió toda su vida terrena en la presencia de su Padre y nuestro Padre. El Padre y El son Uno. Y, en aquel que recibe la palabra de Jesús, su Padre y El harán su morada. Los hermanos de Jesús, y por lo tanto, los hijos del Padre celestial, son los que oyen la Palabra y la practican.

Este ser infinito que nos envuelve, dentro del cual existimos y nos movemos, hace de nosotros su morada. Esto nos hace comprender que, si delante de los hombres podemos permanecer opacos y sólo nos damos a conocer en la medida en que nos revelamos, delante de Dios, queramos o no, somos transparentes. Queramos o no, vivimos en su presencia. Mas es diferente vivir forzosamente delante de alguien a cuya mirada no podemos escapar y vivir amorosamente delante de quien sabemos que nos amó primero. Sí, el Padre nos amó primero. El se reveló a lo largo de mi vida como Padre, a través de incontables gestos de misericordia, de ternura, de piedad, de benevolencia, de incansable paciencia, como repitiéndome en cada uno de sus gestos: ¡Yo soy tu Padre! Podemos reconocer y comprender un poco toda la maravillosa grandeza de este don que es Dios, que se nos da como Padre, sólo en la intimidad filial, en la oración. La conciencia de la presencia paterna de Dios en mi vida, sólo se ahondó

cuando me coloqué delante de El, con el corazón abierto, para saborear cuán bueno y suave es, y me dispuse a responder a las exigencias de su amor de Padre. En estos momentos imborrables brotaron de mi corazón los más profundos sentimientos de alabanza, adoración, acción de gracias, reparación y súplica. Delante de la santidad del Padre celestial, un único camino se abrió: el de la transfiguración interior. El deseo de ser más conforme a lo que El quiere que yo sea, me ha llevado a asumir las exigencias de su amor. El camino de transfiguración interior, fue, en el comienzo, muchas veces penoso, por causa de la naturaleza inclinada al pecado. Sólo con un generoso esfuerzo fue posible vivir en la presencia del Padre la vida de los hijos, sabiendo que los pobres gestos de amor, fruto de mi esfuerzo personal de conversión, son una respuesta en cuyo origen El ya está presente.

Delante de este Padre infinitamente amable que nos llama a su intimidad, conocer su voluntad, hacer su voluntad, deviene algo como una santa obsesión. Dios es tan Padre mío cuando me consuela como cuando me prueba. Creer en su amor, vivir en su presencia, engendró en mí una profunda seguridad interior, sobre todo a partir de mi profesión solemne y consagración virginal. Y la experiencia profunda de que somos todos hijos, va transformando mi corazón en mi relación con mis hermanos.

II. Oración y libertad interior

Fue Jesús quien nos mereció el don de la filiación divina. Jesús es quien nos enseña a vivir como hijos. Delante de Jesús presente, pero escondido, quieto y aparentemente impotente, aprendí de su silencio, tal vez más que de sus palabras, a vivir como hija del Padre celestial. Digo que aprendí más de su presencia silenciosa porque, lo que me fue enseñando en este encuentro de corazón a corazón, marcó para siempre y profundamente mi vida. En el Evangelio encontramos sus palabras y su manera de obrar, Cristo nos enseña lo que debemos hacer para *ser*, mientras que en la Eucaristía, Jesús es no solamente enseñanza viva sino también fuerza necesaria para *ser*. Fue delante de este Jesús silencioso y quieto cuando el mundo parece estar tan necesitado tanto de palabra y acción, que he aprendido a conocer la voluntad del Padre y a asumir las exigencias de su amor. Fue delante de Jesús presente bajo el velo del misterio, de Jesús, Pan de Vida, que comprendí que el *Padre nuestro*, aprendí a rezarlo, llegando a comprender también las implicaciones de la oración, pues El nos dice que el Reino de los Cielos no es para aquellos que dicen: ¡Señor, Señor! sino para los que hacen la voluntad del Padre. Y la voluntad del Padre es nuestra santificación.

Orar, pues, sin procurar conocer y realizar la voluntad del Padre, no tiene sentido para Jesús, y se tornó, igualmente, sin sentido para mí. Durante toda su vida Jesús no buscó otra cosa que la voluntad del Padre, asumiendo las exigencias de su amor hasta las últimas consecuencias, dándole gloria por su adhesión y siendo glorificado por El, en esa misma adhesión.

Aprender de Jesús: que es preciso hacer la voluntad del Padre para que su nombre sea santificado, para que venga a nosotros su reino; que sólo esforzándome por realizar esta voluntad santa puedo esperar de su misericordia el pan de cada día, el perdón de los pecados, la fuerza para resistir a las tentaciones y la liberación del

mal que hay dentro de mí. Este ha sido el sentido profundo de mi presencia silenciosa delante de su Presencia en la Eucaristía y de su Palabra.

El Padre es el imán que me atrae hacia Jesús y Jesús es mi único camino hacia el Padre. El aprendió a obedecer por el sufrimiento. Ha sido también, muchas veces, por el sufrimiento que he asumido gradualmente las exigencias del amor del Padre y luego, de la obediencia que prometí. Y voy aprendiendo día tras día, al levantarme humildemente después de cada caída, a desprenderme de mí misma, a renunciar a mi propia voluntad, a no tener poder ni siquiera sobre mi cuerpo, como quiere nuestro Padre san Benito.

En la medida en que el deseo de imitar a Jesús se apoderó de mi corazón y la conciencia de mi miseria hizo nacer en mi corazón el deseo de purificación —porque solo los puros de corazón verán a Dios— una nueva visión de la ascesis me fue como revelada. Y porque no somos naturalmente santos en nuestros pensamientos, sentimientos y actos, la imitación de Jesús en su vida filial, exige de nosotros una ascesis continua. Y este esfuerzo ascético, que nació de la oración y es impulsado por la gracia, me va liberando de todo lo que en mí es obstáculo para la santidad. Se que si fuere fiel al don de Dios llegará el día en que el *bien* habitará en mí y me llevará a pensar, hablar y obrar bien, por la buena costumbre adquirida y por la delectación de las virtudes. La voluntad del Padre es la exigencia máxima de su amor y tratar de conocerla y realizarla es la máxima respuesta de amor que pueda dar, dentro de mis limitaciones. La revelación de Jesús de que somos hijos del Padre celestial, esa revelación que él nos hace en lo íntimo del corazón, pide que vivamos en creciente conformidad con el don que él nos mereció.

En la medida en que mi oración haya dejado de ser una continua repetición de palabras o simplemente una reflexión sobre lo que otros pensaron, y me haya llevado a momentos de comunión con Jesús, se va realizando en mí un proceso de liberación. La oración está modelando en mí a la hija de Dios, libre como la desea la voluntad del Padre. En la comunión con Jesús muchas certezas se tornan incommovibles: él me amó y se entregó por mí, se encarnó, vivió, sufrió y murió por mí. Resucitó por mí, para fortalecer mi fe y mi esperanza y permanecer conmigo en la Eucaristía, para alimentar y hacer crecer mi amor. . .

Estos sentimientos que la certeza de la fe suscitó en las profundidades de mi ser, me llevaron a escoger como el mayor don el *amor* de Jesús. El agradecimiento irrumpió en lo íntimo del corazón y sentí desde entonces que no podía tener por ninguna creatura el cariño y la ternura que tengo por él. La prescripción de nuestro Padre san Benito "Nada anteponer al amor de Cristo" dejó de ser una orden y se tornó un sentimiento tan personal, una convicción tan íntima que creo que nadie podrá quitármela.

III. Oración, alegría y paz

El Dios que conocemos primeramente, es un Dios que pensamos captar por la inteligencia. Como, sin embargo, "sólo se ve bien con el corazón", ese Dios permanece distante.

Es el Espíritu Santo, primer *don* que nos es concedido, presente en lo más íntimo de nuestro ser, quien nos enseña toda la verdad sobre Dios, sobre nosotros

mismos y sobre aquellos que caminan con nosotros, buscando el rostro del Padre, quien nos transforma y nos lleva a acoger en el corazón al Dios que antes creíamos haber captado con la inteligencia. Con el Espíritu Santo comprendí que sólo ahora comenzaba realmente mi búsqueda de Dios. Fue esta la primera transformación que El obró en mí. Desde que le abrí esta puerta para recibir la *luz de su verdad*, experimenté que realmente clama en nosotros Abba-Padre, y da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Pero la vivencia filial está por encima de nuestra posibilidad humana. La recibimos y asumimos como un don, sabiendo que "todo don perfecto y toda dádiva perfecta viene de lo alto, desciende del Padre de las luces" para hacernos caminar como hijos de la luz.

La gracia de vivir en la presencia del Padre celestial, imitando a Jesús en su vida filial, es obra del Espíritu Santo. La voluntad del Padre es nuestra santificación y nos santificamos en la medida en que, asumiendo las exigencias de su amor, nos asemejamos a Jesús. En la oración, el Espíritu de amor me abrió el oído del corazón a esta verdad. Pero, entre el conocimiento y su transformación en realidad vital, está la larga y paciente hora del Espíritu.

Somos templos del Espíritu Santo —lo sabemos— mas templos llenos de compartimientos cerrados. Y Dios respeta nuestra libertad. Mi apertura al Espíritu de Dios fue decisiva en mi vida de oración, y en el crecimiento espiritual y humano que le siguió, como realización del plan de amor del Padre celestial. Si me hubiera cerrado al Espíritu, ciertamente habría frustrado el plan divino.

Recibimos el *don* divino por primera vez, sin pedirlo conscientemente en nuestro bautismo, pero el Padre nos concede siempre una nueva efusión de este don cuando se lo pedimos, con todo el deseo de nuestro corazón. Fue esta *fe*, hoy aún más viva, lo que me llevó a pedir al Padre en las preces novendiales preparatorias a mi Consagración, una nueva efusión de su Espíritu, para poder realizar mi misión en la Iglesia:

Padre de misericordia, que en Cristo nos escogiste para ser santos e irrepreensibles en tu presencia, recibe a tu hija Escolástica a quien consagraste por el bautismo y llamaste para que se una más íntimamente a ti y concédele una nueva efusión de tu Espíritu para que buscando con perseverancia la perfección del amor, bajo la regla de san Benito, siempre fiel a tu voluntad, sirva en la alabanza de tu gloria e interceda continuamente por sus hermanos, en la Iglesia, Por Cristo Señor nuestro. Amén.

Fue el Espíritu, el mismo Espíritu que impulsó a Jesús al desierto, quien me impulsó a emprender la ruta hacia mi interior, tantas veces en estado de desierto. El Espíritu dinamiza nuestra vida espiritual, fecunda nuestros esfuerzos. Esta interiorización a la que me impelió el Espíritu fue, estoy segura, el primer paso hacia una colaboración efectiva con El en la obra de mi conversión. El no nos fuerza, no me forzó a esto, porque "Dios ama al que da con alegría". Se contentó con permanecer en mí, esperando. ¡Cuán conmovedora es la paciencia de Dios cuando la experimentamos!

En la medida en que nos abrimos, el Espíritu ilumina nuestras tinieblas y nos introduce en el Reino de la Luz. Nos conduce paso a paso, nos sostiene en nuestras luchas interiores, está presente cuando somos tentados. Dejar que su luz ilumine nuestras tinieblas nos desinstala, nos torna descontentos de nosotros mismos, nos muestra cuántas ilusiones nos forjamos sobre nosotros mismos, nos hace sentir dolorosamente la desemejanza que hay entre nuestro corazón y el Corazón de Jesús. Su

luz nos abre horizontes nuevos, nos obliga a caminar por un camino que conocemos y sabemos adónde nos lleva, camino que nos seduce y nos da miedo. Comencé a vivir esta experiencia desde que se despertó en mí la conciencia de su presencia en mí. El Padre es quien nos atrae por este camino, el único que nos conduce a El, mas Jesús es un camino divino-humano, lleno de misterio. Este misterio nos atrae y nos da miedo. Sólo la fuerza nueva que se nos comunica por el Espíritu —porque El es nuestra fortaleza— nos impulsa a vencer el miedo y a andar por este camino.

Para sentir esta fuerza, nos es necesaria una sincera apertura. Y esta apertura es fruto de una escucha atenta a la voz que clama en nosotros. De esta actitud de escucha nació y se está desarrollando la apertura al Espíritu, y esto al precio de un sincero esfuerzo para hacer callar en mí las pasiones que me apartan de mi Dios. Este esfuerzo, no obstante, es solamente respuesta. La actitud de escucha engendró en mí el amor al silencio, a la soledad, al recogimiento. Me hizo sentir que silencio y soledad no son ni fuga ni vacío, sino plenitud. Plenitud de presencia de Dios, en la cual servimos para alabanza de su gloria, teniendo presente a nuestros hermanos del mundo entero, ejerciendo en favor de ellos, en la Iglesia, nuestra misión de intercesión.

La conciencia permanente y cada vez más profunda de la presencia del Espíritu Santo en nosotros, tal como Jesús nos prometió, nos lleva a amar y a comprender esos valores de nuestra vida monástica y a sentir por ellos una atracción irresistible. Es el Espíritu de Dios, presente en nosotros, comunicando plenitud a nuestro ser, quien nos atrae hacia el silencio, hacia la soledad.

El silencio y la soledad nos llevan a la oración, la oración nos abre al Espíritu y el Espíritu nos enseña a trillar los caminos de la oración, llevándonos a una experiencia progresiva de la misericordia del Padre. Y en el seno de este Dios infinito que nos envuelve en su misericordia, es donde se despierta y crece en nosotros la vida divina que recibimos en el bautismo. Tengo la convicción interior de que la oración nos coloca cada día más cerca de Dios, y porque más cerca de Dios, más cerca de todos los hermanos. Delante de El asumimos sus angustias y sufrimientos, le confiamos sus esperanzas, agradecemos sus alegrías.

En el silencio y en la soledad interiores y en cuanto es posible exteriores, en la intimidad con el Espíritu y en la docilidad a sus mociones, aprendemos y concretizamos las exigencias del amor del Padre para con nosotros y bebemos la fuerza necesaria para repetir con Jesús y como Jesús: "¡Padre, hágase tu voluntad y no la mía!"

Es esta liberación, obra del Espíritu santo en nosotros, realizada en la oración, la que nos llena el corazón de alegría y de paz. Alegría y paz que el mundo no nos puede dar, tampoco quitar, y que permanecen inalterables en lo íntimo de nuestro ser, aun cuando los vientos nos sean contrarios.

La experiencia íntima de la acción del Espíritu Santo, haciéndonos saborear cuán bueno es el Señor, nos hace cantar eternamente las misericordias de Dios nuestro Padre y de su Hijo, Jesús.

Conclusión

El despertar a la maravillosa realidad de que somos hijos del Padre celestial, en el Hijo, es obra del Espíritu Santo. En mi vida, sin embargo, el primer encuentro fue

con Jesús. El vino a mi encuentro como un Dios que salva. Después, por él, llegué al Padre celestial. En el contacto con el Padre y con Jesús vi que había sido conducida hacia ellos por el Espíritu de amor. Sólo en el contacto con el Padre celestial y con su Hijo Jesús, descubrí que no habría llegado hasta ellos si una mano suave y fuerte no me hubiese tomado de la mano y dirigido mis pasos.

En el contacto con las divinas Personas, aprendí y aprendo cada día que estoy en camino, en camino hacia una realidad muy grande y muy hermosa. Que hay dos maneras de caminar: con el esfuerzo humano o por la acción del Espíritu Santo. Caminar contando más con el esfuerzo humano, torna estrecho y penoso el camino, aun cuando el *camino* sea Jesús. La vida, entonces, se vuelve triste, los días sombríos. Caminar por el *camino* que es Jesús lo cual es don del Espíritu es correr hacia los brazos del Padre. ¡Los días se tornan alegres, la vida feliz! Feliz porque la fecundidad de una vida no está en el número de sus obras sino en la fidelidad con que asume las exigencias del plan de Dios sobre ella. Feliz por el don de una vocación recibida. Feliz por tener una misión propia en la Iglesia. Caminar al soplo del Espíritu es correr para tomar posesión de la morada que Jesús nos fue a preparar en la Casa del Padre; es colaborar en la construcción de nuestra unidad interior y la consumación de la obra del Espíritu Santo en nosotros. Y esta consumación será realizada sólo como coronación de una vida en la cual el *don* de Dios encontró siempre una respuesta generosa. La unidad interior vuélvese realidad, cada día, en la medida en que conscientes de nuestra condición de peregrinos nos dejamos purificar, instruir, liberar y guiar por el Espíritu del Señor Jesús, hacia la *fuentes* de todo amor, que es el Padre.

¡Al Dios, Uno y Trino, alabanza y acción de gracias, ahora y siempre!

*Hna. Esolástica Uchoa Barbosa, o.s.b.
Santa Cruz - Juiz de Foras - Brasil*